

La razón de mi existencia, la razón por la que empecé a escribir

Al principio, solo escuchaba susurros. Poco a poco, mis oídos se fueron acostumbrando y modulando, hasta que entendí claramente las voces de varias personas ilusionadas. Me zarandearon de un lado a otro, pero de repente me pararon en seco sobre unas manos dulces, que acariciaban mi piel de bebé, aún sin lavar. Notaba su aliento muy cerca de mi carita, que dejaba notar su voz entrecortada por el cansancio y el esfuerzo, pero sobre todo feliz, muy feliz. Pronto acabó mi momento, pues me alejaron de aquella delicada princesa que me mecía como si fuera un objeto de cristal que por nada del mundo pudiese romperse. Abrí los ojos, y me encontré con un paisaje borroso, que al cabo de unos segundos se volvió transparente y cristalino.

Nadie recuerda cómo es ver el mundo por primera vez, yo sí. Fue algo que no puedo describir, todo era nuevo. Vi la luz del sol colándose traviesa por entre las ventanas del hospital, por donde se veía la playa con aguas de diversos colores. Vi la habitación blanca y monótona del hospital, pero también ordenada y amplia. Paseé la mirada por la sala, y vi a señoras más que pintadas con ramos de flores, mirándome como si fuera “la cosita más mona del mundo entero” y a un hombre alucinado y sudoroso por el agobio, que comprendí que era mi padre. Cuando llegué con mis ojillos a la cama revuelta de la habitación aluciné al entender que la princesa que me había acurrucado antes en sus brazos era mi madre. Rostro delicado y cansado, sonrisa perfecta, expresión sincera. Me pareció la mujer más guapa del mundo. De repente, la chica que me sujetaba, y en la que aún no había reparado, me pegó un porrazo en el culete. Quise llorar, gritar, pero no pude. No me salían los gritos, no me salía el llanto, sólo las lágrimas respondían a mis órdenes. Todas las personas de la sala se sobresaltaron, y la mujer que me llevaba en brazos me sacó corriendo de la habitación. Lo último que vi fue el rostro preocupado de mi madre. Aún no sabía qué me pasaba, pero debía ser grave, porque mi madre tenía la piel tensa y el gesto triste cuando salí por la puerta de la habitación del hospital el día de mi nacimiento. Era muy raro, todo el mundo podía hablar, canturrear y reír, pero yo no. Todo el mundo podía expresar lo que sentía, pero yo no. Fue duro para mí, pero creo que los que peor lo pasaron fueron mis padres.

Unos días después, tras muchas pruebas y solo una conclusión, nos dieron el alta. Me llevaron al coche en un carrito especial muy bonito, que hacía ver el esfuerzo y estrujamiento de coco que mi madre había tenido para elegir el mejor de todo Madrid. En el coche había silencio. Mi padre conducía abstraído en sus pensamientos, serio. Mi madre no se movía, y de repente se puso a llorar. Mi padre paró el coche, la consoló y seguimos hasta nuestro destino: mi casa. Era también la primera vez que la

veía, pero sabía que era esa: acogedora y bonita, o al menos, a mí me lo pareció. Entramos y oí pasos que bajaban a nuestro encuentro por la escalera. Dos pequeñajas, de unos seis años, con pelo largo, dorado y ondulado; prácticamente iguales, saltaron literalmente encima de mis padres. Luego, me comieron a besos. De la cocina, vino una chica de unos dieciséis años, mandando no hacer alboroto a las pequeñas que deberían estar ya en la cama, y tosiendo por algo quemado que llevaba en las manos. Cuando vio a mis padres, se quedó de piedra. Una lágrima larga y espesa empezó a recorrer su mejilla, luego el cuello, hasta llegar a meterse por debajo de su camisa. Luego abrazó a mi padre y achuchó a mi madre. Cuando bajó la cabeza a mi altura, me pareció ver la sombra de mi madre cuando era joven. Los mismos rasgos delicados y morenos, los mismos ojos verdes que te hacían soñar, y el mismo pelo moreno carbón, liso y largo. Me estrujó la mejilla y me dio un beso. Uno sólo, pero largo y con olor a su cacao de vainilla. Luego se oyó un quejido llorón que venía de arriba y una voz ronca que avisaba de que iba él.

De debajo del sofá apareció alguien vestido de dinosaurio, que quería darnos un susto. Todos rieron, y el pequeño granujilla se quitó la máscara. Un niño sonrojado, de unos años menos que las gemelas, cuatro o así, se descubrió sonriente. También tenía los ojos verdes de mi madre. Pronto bajó un chico, con una niña de unos dos añitos en los brazos. El chico se llamaba Alex, o al menos así le saludaron, y tenía unos catorce años. Era alto para su edad, y aunque no era un armario, estaba delgado y fuerte. Tenía una melena morena y unos ojos marrón intenso. La niña que apareció con él era una preciosidad sacada de un cuento: rizados perfectos y tirabuzones completos, en tonos dorados, ojos miel caramelo. Aplaudía y sonreía. Alex me miró con compasión, y no me gustó del todo. La chiquitina, María, me miraba encantada, y eso me gustó mucho.

Después de los saludos acostumbrados, empezaron a cenar, conmigo de espectador, a la vera de mi madre. Poco a poco, los más pequeños se fueron acostando, y fui adivinando los nombres que me quedaban: primero María, luego Jaime (el de cuatro años), al rato Paula y Raquel (las gemelas de seis años), hasta que solo quedaron mamá, papá, Julia (la pésima cocinera de dieciséis años) y Alex, así le apodaban a Alejandro. Entonces, mamá empezó una conversación un poco delicada:

- Chicos, gracias por todo vuestro apoyo mientras estábamos en el hospital. No quisimos que vinierais el día del nacimiento porque le vieron algo raro a Pablo: no hablaba. No lloró, no gritó, en cambio las lágrimas llenaron su rostro. Cuando volvieron con los resultados, nos dieron la noticia: es mudo. A Julia la

llamé al rato y se lo conté, pero aún no lo saben ni Jaime, ni Paula, ni Raquel, ni María claro. Te lo queríamos decir a ti lo antes posible Alex, te dije que le habían detectado algo a Pablo, pero ahora te lo especificamos tu padre y yo porque sabemos que ya eres mayor para entenderlo. Sé que nos costará acostumbrarnos, y que a partir de ahora no vamos a ser una familia numerosa normal, de las que solo destaca que somos un montón, sino que aparte uno de los hijos es mudo, y vamos a llamar la atención, os lo aseguro. Tendré que enseñarle a comunicarse por señas y a escribir. Va a ser duro, pero sé que me vais a ayudar.

Todos callaron, y la conversación no fue más allá. Al rato todos se acostaron, y yo me dormí soñando con el beso de buenas noches que me dio mi madre.

Estuve unos años más que los demás bebés aprendiendo a hablar, porque yo lo hacía por señas. Primero tenía que entender, luego que me enseñaran el lenguaje de los signos. Mi madre fue madre y tutora, dijo que yo era su hijo y que no necesitaba nada más que dejar de trabajar unos años para poder educarme y enseñarme ella sola todo lo que ahora sé. Me acuerdo de las revisiones en el médico a las que íbamos todos los meses, y que daban un respiro a mi madre al oír de boca del médico:

- Todo va muy bien señora. He conocido a pocos niños mudos con la evolución del suyo. Le cuesta muy poco aprender el lenguaje de señas. Dentro de un año como mucho, podrá enseñarle a escribir. Ya tiene seis años, y solo tendría un año de retraso más o menos con los demás niños de su edad. Todo va genial de verdad. Mucha suerte y hasta el mes que viene.

Antes de cumplir los siete empecé a escribir. Los niños de mi edad no me llevaban ni un año de ventaja. Cuando ya sabía manejar la escritura bastante bien, comencé a escribir mis primeros cuentos. Se los enseñé a Julia, que es como mi segunda madre desde el día que la conocí, y dijo que le encantaban. Se los leyó aunque estaba en su último año de carrera y estaba liadísima.

Les dije a Raquel y a Paula que se los leyeran, y me dijeron que si podía escribir una novela. Me lo tomé muy en serio y me creí muy afortunado, a pesar de que sabía que jamás me dirían que no les gustaba, por el simple hecho de que me querían con locura, pero el caso es que escribí mi primera novela de poco más de veinte páginas, que salió adelante por mi mismo orgullo. Con ocho años la tenía hecha, corregida y re corregida. Se la enseñé a todos, y esta vez se quedaron realmente impresionados, y vi

que eran totalmente sinceros. A mí me encantaba escribir, supongo que porqué todo eso no lo podía expresar con palabras, y me podía desahogar con un tipo de lenguaje aunque no fuera oral. Mi madre decidió enviarlo a un concurso de cuentos, y gané el primer premio. La noticia se divulgó: un niño de ocho años, y encima mudo, compitiendo con niños de ocho a dieciséis años de toda España, ha ganado. Medio Madrid leyó mi cuento. Ese mes lleve mi cuento a la consulta del médico, que, después de leerlo detenidamente dijo:

- ¿Solo usted ha enseñado a escribir a este niño? ¿Ha escrito todo esto solo?
- La verdad es que sí, Pablo empezó a escribir por su propia iniciativa.- contestó orgullosa mi madre-.

Entonces, el médico se dirigió a mí:

- ¿Cómo escribes así chiquitín?

Ese día, no supe explicarlo. Le dirigí unas cuantas señas sin sentido y nos volvimos a casa. Ahora tengo treinta años, y soy escritor. He escrito muchas novelas que han leído millones de personas. Tengo bastantes premios y soy conocido como “el mudo que pudo hablar” y, aunque sea una metáfora, yo no me siento mudo. Y aunque me lo han preguntado millones de veces a lo largo de mi vida, aún no he respondido a: “¿por qué empecé a escribir?”, “¿por qué escribí sobre tantas cosas bonitas que abrieron los ojos a tanta gente?”, “¿por qué?”.

Aquí está mi informe y mis respuestas a todo eso, y me he decidido a compartirlo con vosotros:

Sencillamente, toda mi respuesta es: mi familia. Por mi madre, la que me enseñó a valorar a cada persona, empecé a escribir para ella. Por mi padre, que se ha preocupado desde que nací para que nada me faltara, también escribo para él. Por mi hermana Julia, porque nunca le he parecido inferior ni superior que nadie, la que me ha tratado como su pequeño, claro que escribo para ella. Por Alex, que me enseñó las cosas sencillas de la vida que hay que disfrutar, como tu primer monopatín, tus vacaciones de verano y tus risas, también escribo para él. Por Raquel y Paula, que me comieron a besos desde que me vieron en ese carricoche adornado, con todo mi cariño escribo para ellas. Por Jaime, ese hermano con el que he compartido todos los momentos desde nuestra adolescencia hasta hoy, con gusto escribo para él. Por María, la única que me miró con ojos de niño, la que no vio ni una pizca de discapacidad en mí, para la que nunca he sido mudo, sí, escribo para ella.

Para ellos, y sólo para ellos. Son mi razón de vivir, y me da pena que me haya tenido que dar cuenta de lo importante que es tener una familia por el hecho de ser mudo. Lo afortunado que soy de tener una familia numerosa, la suerte que tengo de tener tanta gente al lado que te ayude y te quiera. Yo no escribo porque me siento desgraciado por ser mudo, yo escribo porque tengo que dar las gracias. Tengo que dar las gracias por tener una familia numerosa como la mía, donde he aprendido a valorar lo que nunca habría valorado sólo. Gracias por enseñarme a escribir, mamá. Gracias, por darme una manera de agradecer. Gracias, por darme una familia.